



EDITORIAL

Los ancianos tendrán sueños

Con los aires del otoño, al llegar a la tarde de la vida, los seres humanos experimentamos el descenso progresivo de las capacidades biológicas. A los ancianos y ancianas les toca vivir la limitación de las propias fuerzas, quizá también la incapacidad de comprender esas limitaciones físicas y llegar a aceptarlas con paz y serenidad en el corazón. Porque la ancianidad tiene sin duda el sabor de la impotencia y la soledad, que no necesariamente deben ir acompañadas por un sentimiento de tristeza. ¡Cuidado con el demonio de la tristeza en nuestra vida religiosa!

Toda hora, toda edad tiene su amargura y su encanto. Hay riquezas para todas las edades, tesoros por descubrir, novedades para disfrutar. Es feliz quien logra vivir el encanto de la propia edad, sus ventajas. Pero quien no encuentra la felicidad en sí mismo, es inútil que la busque en otra parte. El ahora es mi tiempo favorable para ser feliz. Es el tiempo para apreciar las cosas y a las personas. He de vivir saboreando todo, con un corazón agradecido, sacándole jugo al presente. “Todos los días... para un corazón contento, son un perpetuo festín” (Prov 15, 15).

El anciano cuenta con la sabiduría de la experiencia que le acompaña. Y sabiduría significa, en primer lugar, ser aquello que somos, en el momento de la vida en que nos encontramos. Sabiduría es vivir en la verdad de uno mismo. No anhelar lo que fui, sino amar lo que soy. Como religiosos, los ancianos tienen la vocación de ir creciendo en la sabiduría de la aceptación. Aceptarse a sí mismo con las propias limitaciones, físicas, mentales. Nunca limitaciones de orden espiritual. Saber aceptar con orgullo la edad avanzada, y aceptar con humor los olvidos, las lentitudes. Eso es un arte, y todo arte requiere aprendizaje. Los seres humanos contamos con tres grandes secretos de la vida: la interioridad,

la paciencia, el sentido de la limitación. A los ancianos les toca cultivar los tres.

No podemos perder el entusiasmo de vivir. La ancianidad es el momento de descubrirnos más íntimamente a nosotros mismos. Es el momento de alimentar la profunda convicción de que “cuando Dios cierra una puerta, abre una ventana”. Al avanzar en edad, la persona depende más del viento (Espíritu) que de los remos (propias fuerzas). Por eso, llegar a la ancianidad no es una desgracia; es una bendición. Es el tiempo de devolverle al Señor lo que la vida nos dio. Es el tiempo de dar a los hermanos/as lo que la vida nos ha ido dando a nosotros. Es el tiempo de vivir con la serena preocupación de pasar por este mundo haciendo el bien hoy, porque el bien que hicimos ayer continuará su movimiento también sin nosotros.

Los ancianos no son espectadores jubilados de la marcha de la misión en la comunidad. No son objetos de asistencia, sino sujetos participativos en la construcción de la comunidad religioso-misionera. Cada persona anciana es un miembro válido, necesario y útil en la comunidad. Cada anciano es mensajero del Evangelio, no a su manera, sino por los senderos preferidos del Señor: el silencio, lo pequeño, lo que parece poco eficiente a los ojos del mundo. Su primera misión es vivir la propia vocación religioso-misionera. Uno no es menos religioso –tampoco menos misionero– con los años. Hoy como ayer el anciano intenta vivir el proceso de respuesta al Señor, implicándose con buena voluntad en la marcha de su comunidad.

Lo importante no está en hacer mucho o poco, sino en ser para Dios y para los demás una persona agradecida de la vida, alegre por saberse amado gratuitamente. El acento no está tanto en lo que puedo hacer por los demás, sino en lo que puedo ser para ellos. Y el anciano siempre podrá ser espacio de comunicación, sabiduría, calidez humana...; podrá ser paciente y pacificador, maestro de reconciliación, maestro de vida. Por su experiencia y su vida de oración el Espíritu le puede regalar el carisma de dar la paz, acoger, dar aliento a la comunidad, en momentos de baja presión anímica.

Al ofrecer este número de TESTIMONIO, seguramente que las reflexiones les han servido, a quienes las han escrito, para alimentar en ellos mismos un sentimiento de ternura hacia los ancianos y ancianas. Un sentimiento que nos lleva a autores y lectores en la vida religiosa a cultivar el deseo de que nuestros ancianos vivan la alegría de su consagración. Reconocemos el testimonio de vida de tantos ancianos que les hace acreedores del aprecio y cariño, desde la serenidad y la paz que reflejan, el rostro radiante y la bondad que contagian, como testigos al servicio del Reino.